

INDICE
Este libro es un estudio histórico y crítico de los hechos que se produjeron en el interior de España durante el reinado de los Reyes Católicos. El autor ha tratado de ser imparcial y de presentar los hechos tal como fueron, sin dejarse influir por las pasiones políticas. El libro está dividido en tres partes: la primera trata de la situación política y social de España en el momento de la unión de los reinos; la segunda de las guerras civiles que se produjeron; y la tercera de la política exterior de los Reyes Católicos. El libro es muy interesante y merece ser leído por todos los que se interesen por la historia de España.

LIBRO CUARTO.

GUERRAS CIVILES DE LOS CONQUISTADORES

LIBRO CUARTO.

Guerras civiles de los Conquistadores.

CAPITULO I.

JORNADA DE ALMAGRO A CHILE.—PADECIMIENTOS DE SUS TROPAS.—VUELVE Y SE APODERA DEL CUZCO.—ACION DE ABANCAY.—GASPAR DE ESPINOSA.—SALE ALMAGRO DEL CUZCO.—NEGOCIACIONES CON PIZARRO.

1535.—1537.

Mientras pasaban los sucesos que dejamos referidos en el capitulo anterior, el Mariscal Almagro se hallaba empeñado en su memorable expedicion á Chile. Púsose en marcha, como ya vimos, con solo una parte de sus fuerzas, dejando á su teniente encargado de seguirle con el resto. En las primeras jornadas se aprovechó del camino real de los Incas, que se estendia por las cumbres hasta una grande distancia hácia el rumbo del sur: mas conforme se fué acercando á Chile se halló enredado en los desfiladeros de las montañas, donde no se descubria rastro alguno de camino. Allí atajaban su mar-

cha todos los obstáculos propios de aquella region salvaje; barrancos profundísimos por cuyas ásperas pendientes subia dando vueltas una estrecha vereda, hasta llegar á una altura en que era imposible mirar abajo sin desvanecerse; rios que se despeñaban con furia desde las montañas, arrojándose en espantosos abismos, y formando estupendas cataratas: espesos bosques de pinos cuyo fin no se alcanzaba, y luego inmensos páramos sin una mata ni un arbusto siquiera para abrigar al aterido viagero contra la helada ventisca que soplaba de las nevadas cumbres de la sierra.

El frio era tan intenso que muchos perdieron las uñas, otros los dedos, y algunos miembros enteros. A otros cegó el resplandor insufrible de los rayos del sol reflejados en la nieve, y mas vivo aun en estas regiones elevadas á causa de la rarificacion de la atmósfera. El hambre vino como de costumbre en pos de las otras miserias: porque en estas horribles soledades no se hallaba planta alguna que sirviese para alimento del hombre, ni veian otro ser viviente que el pájaro gigante de los Andes, que revoleaba sobre sus cabezas aguardando la hora del festin. Con frecuencia se lo proporcionaban los infelices Indios, que faltos de todo abrigo no podian resistir á la inclemencia del tiempo, y perecian en gran número por el camino. Llegó el ham-

bre á tal extremo, que los desdichados que aun sobrevivian se alimentaban con los cadáveres de sus compañeros, y los Españoles sostenian la vida con los esqueletos de sus caballos que morian helados en los puertos.¹ Tales eran los terribles castigos que la naturaleza imponia á los temerarios que osaban invadir sus mas recónditas soledades.

Pero los males propios no hicieron mas compasivos á los Españoles con los desventurados indígenas, sino que incendiaban y destruian cuantas aldeas encontraban en su marcha, obligando á sus infelices moradores á que les sirviesen de bestias carga. Atábanlos en cuerdas de diez ó doce, y ni las enfermedades, ni la falta de fuerzas, libraban al desdichado cautivo de tomar parte en el trabajo comun, hasta que á veces atado como estaba caia muerto de fatiga.² Se acusa á los soldados de Alvarado de haber sido

1 Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 10, cap. 1-3.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 9, cap. 4.—Conq. i Pob. del Piru, MS.

2 Conq. i Pob. del Piru, MS.

Este escritor fué en la expedición, segun parece, porque habla como testigo ocular. Los pobres Indios tenian á lo menos un amigo en el campamento español. "I si en el Real havia algun Español que era buen rancheador i cruel i matava muchos Indios te-

níanle por buen hombre i en grand reputacion i el que era inclinado á hacer bien i á hacer buenos tratamientos á los naturales i los favorecia, no era tenido en buena estima, *he apuntado esto que vé con mis ojos i en que por mis pecados anduve* porque entiendan los que esto leyeren que de la manera que aqui digo i con mayores crueldades harto se hizo esta jornada i descubrimiento de Chile."

mas crueles que los de Pizarro, y debe tenerse presente que la mayor parte de la tropa de Almagro se componia de aquella gente. Dicen que el gefe veia con desagrado tales excesos, é hizo cuanto pudo para evitarlos. No daba á la verdad, el mejor ejemplo con su propia conducta, si es cierto que en una ocasion, hizo quemar vivos treinta señores indios, por haber dado muerte á tres Españoles.³ El corazon se horroriza al referir tales atrocidades cometidas con un pueblo inocente, ó á lo menos sin otro delito que el de defender su patria con demasiado valor.

Considerándolo bajo el aspecto moral, es sumamente peligroso el poseer mayor fuerza física. Cuando el Europeo con sus talentos y su poder tan infinitamente superiores, se pone á luchar con pueblos semicivilizados, les tiene en poco mas que brutos, y les considera criados como estos para su servicio. Cree que tiene un derecho natural, por decirlo así, á exigirles obe-

3 " Para castigarlos por la muerte destes tres Españoles juntos en un aposento donde estava aposentado i mandó cavalgar la jente de á caballo i la de á pié que guardasen las puertas i todos estuviesen apercebidos i los prendió i en conclusion hizo quemar mas de treinta Señores vivos atados cada uno á su palo." (Conq. i Feb. del Piru, MS.) Oviedo

que siempre manifiesta la insensibilidad de un colono, trata de disculpar esto con la vieja escusa de la necesidad: *fué necesario este castigo*. Añade que despues podian enviar los Españoles un mensagero de un extremo é otro del pais, sin temor de que recibiese daño. Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 9, cap. 4.

diencia, y que esta obediencia ha de medirse, no por las fuerzas del bárbaro, sino por la voluntad de su vencedor. Toda resistencia se convierte en un crimen, que solo puede lavarse con la sangre de la víctima. Los Españoles no son los únicos á quienes puede echarse en cara estas crueldades. Donde quiera que ha habido comunicacion entre el hombre civilizado y el salvaje, sea en el Oriente ó en el Occidente, su historia se ha escrito muchas veces con caracteres de sangre.

Del confuso caos de las sierras salieron los Españoles al frondoso valle de Coquimbo, situado hácia los treinta grados de latitud meridional. Allí se detuvieron para reparar las fuerzas en sus fértiles llanuras, despues de sus inauditas fatigas y padecimientos. Mientras tanto envió Almagro por delante á un oficial con un fuerte destacamento para que explorase la tierra hácia el Sur; y á poco tuvo el gusto de ver llegar el resto de sus fuerzas mandadas por su teniente Rodrigo de Orgoñez, personage notable que despues tuvo tanta influencia en la suerte de Almagro.

Era natural de Oropesa, sirvió en las guerras de Italia, y desempeñaba el empleo de alférez en el ejército del Condestable de Borbon cuando el famoso saco de Roma. Era aquella una excelente escuela para aprender su cruel oficio, y

para endurecer el corazon contra la compasion escesiva hácia las miserias de la humanidad. Era Orgoñez un escelente soldado: activo, intrépido, fiel á sus gefes é inflexible en la ejecucion de sus órdenes. Sus servicios llamaron la atencion de la corte y poco tiempo despues de los sucesos que referimos, le agraciaron con el título de Mariscal de la nueva Toledo. Pero acaso su carácter era mas apropiado para un puesto inferior en que solo se tratase de ejecutar ordenes ajenas, que para otro de mayor responsabilidad.

Almagro recibió igualmente los poderes reales para su nueva gobernacion. Los Pizarros detuvieron este documento hasta la última hora. Las tropas de Almagro disgustadas hacia tiempo con una marcha tan pesada é infructuosa, clamaban por regresar al momento. Decian que el Cuzco caia sin duda alguna dentro de su gobernacion, y era mejor ir á tomar posesion de sus cómodos cuarteles, que andar errantes y desterrados por aquellas horribles soledades. Hacian ver además á su gefe que solo así podria mirar por el bien de su hijo Diego. Era este un hijo natural de Almagro, y su padre le amaba con un exceso que rayaba con estravagancia, aunque el jóven justificaba mas de lo acostumbrado esta predileccion por las buenas cualidades que empezaba á manifestar.

Despues de una ausencia de cerca de dos meses regresó el oficial que salió á esplorar la tierra, trayendo malas noticias de las regiones meridionales de Chile. Para los Españoles solo era tierra de provision la que abundaba en oro.⁴

No habia penetrado el oficial como cien leguas, llegando probablemente hasta el límite de las conquistas de los Incas en el rio Maule.⁵ Los Españoles se detuvieron por fortuna antes de llegar á la tierra de Arauco, donde despues habia de correr á torrentes la sangre de sus compatriotas, y que aun mantiene orgullosa su independencia en medio de la general humillacion de las naciones indias que la rodean.

Cedió entonces Almagro con poca repugnancia á las repetidas instancias de sus soldados, y volvió la espalda al sur. No es necesario que nos detengamos á referir los pormenores de su marcha. Desanimado con las dificultades de la travesia por la sierra, tomó el camino de la costa y de esa manera tuvo que pasar el gran desierto de Atacama. Al atravesar esta espantosa soledad, que se estiende de cerca de seis leguas hasta los confines septentrionales de Chile casi sin una

4 Son palabras de un Español. (Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 9, cap. 5.) No debe uno aguardar que los rudos soldados de América tuviesen

5 Segun Oviedo, ciento cincuenta leguas, y como ellos le dijeron, muy cerca del fin del mundo.

oasis para alivio del desmayado viagero, Almagro y sus soldados pasaron trabajos tan grandes como los que padecieron en los pasos de las Cordilleras aunque de diversa especie. Sin duda que en nuestros dias no se hallaria un capitan que quisiese atravesar con un ejército esta region desolada. Pero los Españoles del siglo diez y seis tenian una robustez y un entusiasmo que les hacian desafiar todos los obstáculos, y casi justifican la jactancia del historiador, de que "combatian al mismo tiempo con los enemigos, con los elementos y con el hambre."⁶

Pasado el terrible desierto, llegó Almagro á la antigua ciudad de Arequipa, sesenta leguas distante del Cuzco. Allí supo con asombro la insurreccion de los Peruanos, y ademas que el jóven Inca Manco se mantenía aun con una fuerza respetable en las cercanías de la capital. Como en otro tiempo habia tenido amistad con el príncipe peruano, resolvió antes de pasar adelante enviar una embajada á su campo, convidándole á una entrevista en las inmediaciones del Cuzco.

Los emisarios de Almagro fueron bien recibidos por el Inca, quien les espuso los motivos de queja que tenia contra los Pizarros, y señaló el valle de Yucay para la conferencia que debía te-

⁶ "Peleando en un tiempo con los Enemigos, con los Elementos, i con la Hambre." Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 10, cap. 2.

ner con el mariscal. El capitan español continuó, pues, su marcha, y tomando consigo la mitad de su gente, que por todo no llegaba á quinientos hombres, acudió en persona al lugar de la cita, dejando el resto acampado en Urcos, á seis leguas de la capital.⁷

Alarmados los Españoles del Cuzco al ver acercarse este nuevo cuerpo de tropas, dudaron, cuando supieron de donde venia, si su llegada les presagiaba mal ó bien. Hernando Pizarro salió de la ciudad con una corta fuerza, y acercándose á Urcos sintió no poca inquietud al saber que el objeto de Almagro era insistir en sus pretensiones al Cuzco. Aunque muy inferior en fuerzas á su contrario, determinó resistirle.

En este intermedio, los Peruanos que habian presenciado la conferencia entre los soldados de ambos campamentos, sospecharon que habia entre ellos alguna combinacion secreta que podia comprometer la seguridad del Inca. Comunicaron á este sus sospechas, y él, ya fuese por haberlas creído fundadas, ó porque desde el principio pensó en sorprender á los Españoles, cayó de improviso sobre ellos en el valle de Yucay con una division de quince mil hombres. Pero los veteranos de Chile conocian demasiado bien el modo de pelear de los Indios para dejar-

⁷ Pedro Pizarro, Descub. y Piru, MS.—Oviedo, Hist. de las Conq., MS.—Conq. i Pob. del Indias, MS., Parte 3, lib. 9, c. 6.

se cojer de sorpresa. Y aunque no pudo evitarse un reñido combate que duró mas de una hora, y en el cual fué muerto el caballo que montaba Orgoñez, los Indios fueron al fin rechazados con grande pérdida, quedando las fuerzas del Inca tan debilitadas con este golpe, que ya no daban cuidado para lo necesario.⁸

Almagro entonces fué á reunirse con la division que dejó en Urcos, y se creyó en estado de pensar ya en apoderarse del Cuzco. Envió desde luego una embajada al ayuntamiento exigiéndole que le reconociese por legítimo gobernador, y acompañándole al mismo tiempo copia de las provisiones reales. Pero el punto de la jurisdiccion no era fácil de poner en claro, dependiendo, como dependia, de un conocimiento exacto de los paralelos de latitud, que no debia aguardarse en los ignorantes compañeros de Pizarro. La merced real le habia dado jurisdiccion sobre todo el territorio comprendido en doscientas y setenta leguas contadas hácia el sur desde el rio de Santiago, situado á un grado y veinte minutos al norte del ecuador. Midiendo nosotros doscientas y setenta de nuestras leguas en el meridiano, nos faltaria mas de un grado para llegar al Cuzco, y apenas pasaríamos de la ciudad

⁸ Zárate, Conq. del Perú, Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. lib. 3, cap. 4.—Conq. i Pob. del 21.
Pira, MS.—Oviedo, Hist. de las

de Lima. Pero contando por leguas españolas de solo diez y siete y media al grado,⁹ el límite meridional vendria á caer casi medio grado mas allá de la capital de los Incas, la que de ese modo quedaria dentro de la gobernacion de Pizarro.¹⁰ No obstante, la línea divisoria andaba tan cerca del terreno disputado, que habia motivos muy fudados para dudar de su verdadera posición, cuando aun no se habian hecho con cuidado las observaciones científicas necesarias para averiguarla; y cada parte sostenia, como sucede siempre en tales casos, que sus derechos eran claros y fuera de toda duda.¹¹

Recibida por las autoridades del Cuzco la intimacion de Almagro, y no queriendo disgustar á ninguno de los dos gefes, decidieron que de-

⁹ "Contando diez i siete leguas i media por grado." Herrera, Hist. General, dec. 6, lib. 3, cap. 5.

¹⁰ Desde el principio habia tratado el gobierno de tomar precauciones contra cualquiera disputa que pudiera originarse sobre los límites de las respectivas jurisdicciones. Las espresiones de las mercedes originales daban lugar á dudas, y ya desde 1536 fué enviado á Lima Fr. Tomas de Berlanga, obispo de Tierra Firme, con plenos poderes para decidir la cuestion de límites, fijando la verdadera latitud del rio de Santiago, y midiendo desde

allí hácia el Sur doscientas y setenta leguas en el meridiano. Pero habiendo conseguido Pizarro que Almagro se empeñase en la expedicion de Chile, no quiso revivir la cuestion y el obispo se volvió *re infectá* á su diócesis, muy disgustado con el gobernador. Ibid., dec. 6, lib. 3, cap. 1.

¹¹ "Todos dicen," afirma Oviedo en una carta al emperador, "que el Cuzco cae dentro de la gobernacion de Almagro." Oviedo era acaso el sugeto mas instruido de las colonias, y sin embargo, esto era un error. Carta desde Sto. Domingo, MS., 25 de Octubre de 1539.

bían aguardarse hasta tanto que se consultara la opinion de ciertos pilotos mejor impuestos que ellos de la verdadera posicion del Santiago, lo que ofrecieron hacer inmediatamente. En el entretanto se celebró una tregua entre ambos gefes, comprometiéndose los dos del modo mas solemne á abstenerse de todo paso hostil, y á permanecer quietos en sus respectivos cuarteles.

Cambió entonces el tiempo, y se volvió frio y lluvioso. Los soldados de Almagro, muy disgustados con la posicion que tenían, porque la inundaban las aguas, no tardaron en descubrir que Hernando Pizarro, faltando á lo convenido, se fortificaba á toda prisa dentro de la ciudad. Mas susto les causó cuando supieron que ya venia marchando para auxiliar el Cuzco una fuerza considerable mandada por Alonso de Alvarado, que enviaba desde Lima el gobernador. Clamaron entonces que les habían engañado, y que las treguas solo eran un artificio, discurrido para atarles las manos mientras venia el socorro que se aguardaba. Exaltados de este modo los ánimos, no fué difícil conseguir del general, quien solia sujetar con demasiada facilidad su propia opinion á la de los temerarios consejeros que le rodeaban, que violase el armisticio y se apoderase de la ciudad.¹²

¹² Segun Zárate, al entrar señales de los designios que se Almagro en la capital no halló. atribuian á Hernando, y exclamó,

Aprovechando una noche oscura y tempestuosa, (Abril 8 de 1537), entró en el lugar sin oposicion, se apoderó de la iglesia mayor, apostó fuertes patrullas de caballeria á la entrada de las calles principales para evitar una sorpresa, y envió á Orgoñez con un trozo de infanteria para forzar la habitacion de Hernando Pizarro. Hallábase este alojado con su hermano Gonzalo en uno de los grandes salones edificados por los Incas para las diversiones públicas, con grandes puertas que caian á la plaza. Custodiábanle unos veinte soldados, los cuales así que vieron derribar las puertas, se mantuvieron firmes en defensa de su capitan. Trabóse un reñido combate en que se perdieron varias vidas, hasta que irritado Orgoñez por lo obstinado de la resistencia, puso fuego al inflamable techo del edificio. Pronto fué presa de las llamas, y cayendo los abrasados maderos sobre las cabezas de los defensores, hubo de ceder su caudillo, aunque con repugnancia, y se entregó á discrecion. Apenas salieron los Españoles del edificio, se desplomó el techo todo con espantoso estruendo.¹³

Ya tenemos á Almagro hecho dueño del Cuzco. Hizo prender á los Pizarros con otros quin-

“que le habian engañado.” Conq. 1539.—Conq. i Pob. del Piru del Perú, lib. 3, cap. 4.) Acaso MS.—Pedro Pizarro, Descub. y er. demasiado crédulo en estos Conq., MS.—Oviedo, Hist. de asuntos. las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 21.

¹³ Carta de Espinal, Tesorero de N. Toledo, 15 de Junio de

ce ó veinte de los principales caballeros, y les puso bajo buena guarda. Parece que no molestó á los vecinos mas de lo preciso para afianzar su autoridad,¹⁴ y entregó el gobierno de la ciudad á Gabriel de Rojas, uno de los mejores oficiales de Pizarro. El ayuntamiento entonces percibió mejor la validez de las pretensiones de Almagro, y no tubo ya escrúpulo en reconocer sus derechos al Cuzco.

El primer paso del Mariscal fué enviar un mensaje al campamento de Alonso de Alvarado, participando á aquel gefe la ocupacion de la ciudad, y exigiéndole que le prestase obediencia como á su legítimo superior. Alvarado con una fuerza de quinientos hombres, de á pié y de á caballo, se hallaba en Jauja á trece leguas de la capital. Ya hacia varios meses que le habian despachado á socorrer el Cuzco; pero sin un motivo fundado, y por desgracia para la capital peruana, se detuvo en Jauja, bajo el pretexto de proteger aquella colonia y sus cercanias contra los ataques de los insurgentes.¹⁵ Mostróse

¹⁴ Por lo menos así lo cuentan en los autores; mas Pedro Pizarro, que pertenecía al partido contrario, y fué uno de los presos por Almagro, se queja de que este gefe les despojó de sus caballos y de otras cosas. Descub. y Conq., MS.

¹⁵ Picado, el secretario de Pizarro, tenia un encomienda en

aquellas cercanias, y dicen que á instancias suyas se detuvo allí Alvarado, porque le debia algunos favores. (Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 8, cap. 7.) Alvarado era un buen oficial en quien confiaron mucho los Pizarros, antes y despues; y podemos sospechar que él tendria otras razones para justificar su

ahora fiel á su comandante, y cuando los enviados de Almagro llegaron á su campo, les hizo echar grillos y envió á Lima noticia de lo que pasaba.

Ofendido Almagro por la detencion de sus emisarios, se dispuso á marchar inmediatamente contra Alonso de Alvarado, y á emplear arbitrios mas eficaces para reducirle á obediencia. Antes de partir le aconsejó con mucha instancia su teniente Orgoñez que hiciese cortar la cabeza á los Pizarros, asegurando, "que mientras ellos viviesen no estaria segura la vida de su comandante," y concluyendo con el proverbio español: "hombre muerto no muerde."¹⁶ Pero aunque el Mariscal aborrecia en su interior á Hernando no se atrevió á dar un paso tan violento, porque, dejando aparte otras consideraciones, aun conservaba cierto afecto á su antiguo compañero Francisco Pizarro, y no queria cortar de un golpe y para siempre los lazos que aun les unian. Asi fué que se contentó con dejar á sus prisioneros bajo buena guarda, en uno de los edificios de piedra pertenecientes á la casa del sol, y poniéndose á la cabeza de sus tropas, salió de la capital en busca de Alvarado.

Hallábase entonces este oficial al otro lado del rio de Abancay, donde se habia colocado con

conducta, que no han llegado á nuestra noticia.

¹⁶ "El muerto no mordia." Ibid., dec. 6, lib. 2, cap. 8.